VI

SOBRE la fachada hay un letrero dorado, que dice "Joyería-Jewellery". Encima, el nombre del establecimiento y el del propietario. "El diamante azul". Mario Romaneschi. Hay dos vidrieras pequeñas con sortijas, brazaletes y algunos relojes que reposan sobre un ajado terciopelo negro.

Mario acaba de escribir a casa. Ya regresó del banco el mensajero con el giro de los cien balboas a nombre de Paolo Romaneschi, y ya tiene escrito el sobre. Firenze. Italia. Italia, con letras muy grandes, porque Mario escribe a mano. Mario tiene algunas dudas acerca de la ortografía italiana; pero, le comprenden

siempre lo que dice, sobre todo cuando manda un giro. Y Mario escribe en español también y en inglés, aunque sólo sea los pedidos de la joyería, y es poca la literatura. Italiano, inglés y español. Ya es mucho y Mario se siente muy ufano. Cuando Mario llegó a Panamá no hablaba más que en italiano, y se sintió un poco triste al encontrar al tío Aurelio, bigotudo, mal vestido y arrugado, y oliendo siempre a estiércol de caballo. Mario fué soldado cuando Mussolini empezó la guerra de Abisinia, y aunque no tuvo ocasión de probar su valor contra las lanzas de los desnudos guerreros del Negus, ni realizó más actos de servicio que algunas guardias en los campamentos, el señor Paolo decidió enviarlo a Panamá tan pronto como lo licenciaron. Y a las quejas de su hijo, que se lamentaba del calor y de una América distinta de la imaginada, con un tío Aurelio de cochero paseando gringos y turistas a bordo de su victoria, el viejo marmolista florentino contestaba con frases muy largas en las que se exaltaban los méritos de la paciencia y se anunciaban para Italia terribles cataclismos. Y cuando el Duce lanzó sus legiones sobre Albania y sobre Grecia, las cartas de Florencia solamente referían defunciones y desgracias. Mario se

resignó, y algunas veces hasta acompañaba a Aurelio a buscar yerba para el flaco caballejo que arrastraba el coche, y conversaban largamente en el trayecto.

Un día Mario tuvo un maletín y algunas joyas dentro. El aprendizaje fué muy breve, porque su instructor se hallaba muy lejos de ser un especialista. Tenía una abundante clientela; eso, sí. Gentes humildes y sencillas que gustan invertir difíciles ahorros en una sortija de piedra azulada, en unos aretes, en una cadena. Son pequeñas vanidades de la gente, que el señor Manzini sabía cultivar muy bien, admitiendo cambios y devoluciones y otorgando largos plazos.

El señor Manzini tenía cuatro hijas, sin que Dios premiara sus bondades concediéndole un varón. Y la mayor, la más bella de las cuatro, bien podía casarse un día con el joven Mario. Se llamaba Edda, porque Aurelio, su padrino, lo mismo que el señor Manzini, guardaban en su corazón ingenuo y desterrado una honda admiración por Mussolini, que había hecho de Italia un país grande y temible. Y Mario empezó a vender joyas falsas y baratas, a visitar hogares pobres y a cobrar cuentas menudas.

Pero se cansó de andar y decidió abrir una tienda. Ya vendrían a buscarle. Aurelio se atusó muchas veces los bigotes en prolongadas reflexiones, y decidió ayudar al sobrino en los gastos de la instalación. El señor Manzini, por su parte, aportó abundante provisión de aretes y cadenas, y se abrió la joyería.

El dinero fluía fácil y la boda se cumplió en domingo. Edda estaba cada día más bella, pero sonreía muy poco, porque se sentía infeliz. Había estado en un colegio caro y tenía aspiraciones. Invitada a cumpleaños y otras fiestas, había conocido algunas casas muy distintas de la suya, y jóvenes alegres, con carros lujosos. Pero una muchacha italiana, aunque haya nacido en Panamá, tiene que casarse con un compatriota. Otra cosa sería inconcebible para Aurelio, para el señor Manzini, y hasta para el propio Mario. Por eso se casaron, aunque en Edda fermentaban ideas muy distintas y, con discreta reserva, detestaba todo lo italiano. Todo; hasta el idioma, que nunca quiso aprender, la comida, y aquel vino que bebían su padre y su padrino y sus amigos hasta emborracharse y empezar a cantar unas canciones tristes que ella no entendía.

A Edda le gustaba el baile y le gustaban las fiestas y los trajes lujosos. Y Mario trabajaba todo el día para ganar mucha plata y poder volver a Italia, seguramente sin saber que no regresa nadie. Nadie. Ni Aurelio, ni el señor Manzini. Y Edda no quería vivir fuera de Panamá. Edda se aburría mucho en casa, oyendo radio, sin ir al cine más que algunos sábados, y se aburría mucho también si iba a casa de su padre. Por eso se pasaba tanto tiempo delante del espejo con temor de verse marchitar, y por eso accedió un día a que un amigo la invitara a pasear en carro. Mario no se daba cuenta. Mario sólo proyectaba su atención hacia el dinero; hacia las facturas y hacia aquellos libros grandes con lomo de piel que guardaban el secreto de sus crecientes ganancias. Algunas prendas de seis dólares vendidas en treinta. A plazos, desde luego, con el riesgo de perderlo todo. Pero la gente pobre paga bien, y la felicidad de Mario se dilata.

Una noche, Edda no volvió. Hubo alarma y mucho susto, hasta que Francesca, la mayor de las solteras contó la verdad. Edda estaba bien y muy contenta. Se había ido para Costa Rica, no importa con quien. Y, seguramente volvería. Volvería feliz, a su manera. El hogar

de los Manzini se estremeció hasta los cimientos, y las quejas y las maldiciones se mezclaban en algarabía.

Mario nunca pudo comprender aquello, en una mujer italiana, y se concentró al trabajo tratando de olvidar la grave humillación sufrida. Después, fué la guerra. Las blindadas divisiones italianas pasaron por Florencia en dirección al sur. Luego, hacia el norte, un poco más aprisa, y un poco derrotadas ya. Detrás, los aliados. Un mundo extraño y nuevo de uniformes, tanques y cañones, que hicieron temblar los severos palacios florentinos con la pesada estridencia de sus engranajes. El viejo Paolo, el marmolista, se siente desolado y teme por su prole. Sobre todo, por Silvia, demasiado niña y demasiado hermosa para quedar allí al lado de la marmolería y a la vista de tanto soldado enemigo. Y Mario necesitaba compañía, después de lo de Edda.

Mario hace sus cálculos con un lápiz en la mano. Silvia le podrá ayudar a vender en la tienda y el pequeño Augusto servirá de mensajero. Los pasajes, en tercera, pagados en dólares, no resultan caros. Y Silvia llegó a Colón con un traje de lana grueso y unos zapatos

muy feos y unos ojos verdes muy abiertos. Muy abiertos, y muy verdes, con manchas azules, como si le hubiera robado al mar un trozo de paisaje de tanto mirarlo.

Silvia se compró otra ropa y pronto llegó a la conclusión de que su hermano era un hombre malhumorado y muy mezquino. Y que el destino de una mujer como ella no podía ser, en modo alguno, el pequeño mostrador de una tienda visitada con frecuencia por algunos gringos y por jamaicanos, sobre todo.

Silvia abre más los ojos, pero sin candor. Tiene que casarse y tiene que casarse pronto, aunque le inquieta una duda. Una duda que tiene su raíz en el Jardín Botánico de Florencia y que sigue hasta el Boboli. Y en un joven aviador convaleciente de una herida grave y en un perfume que le regaló a cambio de nada; de sus besos y de sus caricias, y de su inocencia, que murió oliendo a heliotropo. Por eso César no le sirve. César dice cosas agradables; pero no tiene dinero, y es latino y con prejuicios. César no es el hombre que ella necesita para llegar a la Zona y tener comisariato y carro nuevo. El gringo surge pronto, y la boda es cosa fácil. Pero el hombre aquel,

tan grande, tiene accesos de furor terrible cuando se emborracha, y Silvia tiene miedo de que la asesine un día. Es un miedo elemental; un miedo físico. Y después que nace el niño decide regresar a Italia. El divorcio se arregla muy pronto; como el matrimonio, pues hasta hay ya unos formularios hechos. Silvia se marcha con una sentencia a su favor y una pensión asegurada. Es modesta, pero basta. Y se despide de César con un poco de amargura, que le pasa pronto. Silvia no puede ser nunca fiel más que a un recuerdo. A un recuerdo joven, a una gorra ladeada, a un bigote rubio, y a un perfume de heliotropos. Sabe que nunca más volverá a verlo, porque después lo mataron. Se estrelló con un avión, volando una mañana sobre el Rhin. Pero le queda el recuerdo del Jardín Botánico y del Boboli, y las mujeres aman mucho los recuerdos. Los recuerdos nunca decepcionan, porque a medida que se esfuman se van reconstruyendo a voluntad. Además, los recuerdos no envejecen, como le pasa a la gente.

Mario vuelve a contemplar la dirección. Firenze. Italia. La sombra de un cliente le interrumpe y alza la cabeza.

—Buenos días.

—¿Qué tal?

La visita de César no le agrada. Nunca le agradó. Un contemplativo; un soñador; un fracasado, que no tiene ni automóvil. Además, salía con Silvia por ahí, sabiéndola casada. Silvia, como Edda... Las mujeres... La expresión de Mario se endurece un poco. No puede remediarlo, porque sus emociones son siempre poderosas.

—Quisiera un reloj. Un reloj pequeño; de mujer. No muy caro... a ser posible.

El joyero se suaviza. La visita, es de comprador. Un reloj, de mujer... doce balboas... catorce, con el nuevo impuesto. Y César pagará cuarenta. Pero... ¿Un reloj de mujer? ¿Para quién será? César ya no está casado. Alicia vive ahora con su hermana, la maestra, y dicen que es amiga de un político importante. Alicia... Edda... Silvia... Las mujeres...

Mario, al acordarse, siente cierta solidaridad con César y decide pedir sólo treinta y cinco balboas, siempre que pague al contado. En otro

caso... el riesgo existe siempre, y más con los bohemios; con los escritores y los periodistas, que son gente informal y mala paga.

—Me gusta este. ¿Cuánto?

—¿Va a pagarlo, o quiere crédito?

—Supongo que tiene que ser así. Puedo dejarle diez balboas ahora, y el resto lo pagaré... ¿Cuánto es que vale?

—Es un reloj muy fino, y garantizado por un año. A prueba de agua, de golpes...

César se impacienta.

—No es para ningún buzo, ni para un boxeador tampoco. Y nadie se baña con reloj. Dígame cuánto.

Mario no puede prescindir de la rutina, que se funda en años de experiencia.

—Acero inoxidable. Es un reloj eterno...

—Tampoco es necesario que sea eterno, porque la gente se muere. ¿Cuánto?

—Para usted... Déjeme ver...

Mario sigue en dudas. ¿Cuarenta...? ¿Treinta y cinco...?

—Sí. Puedo dárselo en treinta y siete cincuenta. No gano nada; casi nada...

—Está bien. Envuélvalo para regalo. Ya comprenderá que no es para mí.

El joyero se siente locuaz mientras busca papel fino y una cinta.

—¿Qué le pasó en el brazo- ¿Se cayó?

—Nada... Una chiva... Nada de importancia. ¿Qué sabe de Silvia?

—Poco. Hace tiempo que no escribe. Vive en Roma, ahora. Está bien; eso, sí. Trabaja con una compañía de turismo y acompaña a los excursionistas gringos. Como habla inglés...

—Sí; es verdad.

Entra un ritmo de tacones con melena larga del color del cobre y unos senos retadores.

—¿Qué hubo, Herminia...?

Mario se interrumpe en su labor para hablar con la joven y César se aparta discreto simulando contemplar unos servilleteros fabricados con troquel.

—¿Vienes a recoger tu encargo...? Creo que ya está arreglado.

La mentira parece poco convincente al propio Mario, que añade algo en voz baja. Herminia sonríe y hace descansar el cuerpo sobre un solo tacón. La cintura, así, quebrada, acentúa su feminidad. César sale hasta la puerta y contempla la calle. Dos gringas encanecidas, con el pelo teñido de violeta, observan unos dijes y deciden entrar.

—Espérate un momento, Herminia... César; aquí tiene su reloj. Tome el recibo...

Herminia contempla con mirada atenta un brazalete de plata. El examen no parece complacerla mucho. César piensa que seguramente Mario no pudo hacerle todavía el elogio de la joya, sin duda regalada.

—Gracias... Sí... sí... Está muy bien envuelto... Ya vendré por aquí la otra semana.

César sale y mira distraído el reloj grande de la joyería. Son casi las doce. Anoche se acostó muy tarde. ¿A qué hora? No lo sabe. A las diecisiete cuartillas nuevas. Diecisiete.

Se levantó agotado. No podía seguir por la fatiga; por la molestia del brazo. Si no hubiera tenido que comprar el regalo para Celia, seguiría escribiendo. ¿Seguiría, en realidad?

Atento a las desigualdades de la acera y al curso de sus pensamientos, César camina despacio con el sol abierto sobre la cabeza. No lo siente. El sol es una cosa natural, perfecta. Siempre igual, haciendo el mismo recorrido.

Elvira ha salido de la escuela y camina hacia su casa. Se detiene un momento en el quiosco del cojo Mendizábal y le pide a Encarnita una soda fría. Mientras bebe, ve pasar a César por la esquina de la sastrería del chombo. Parece abatido, contemplando el suelo y con la guayabera un poco arrugada.

Elvira piensa otra vez en Alicia, que vive triste y amargada, preocupándose en silencio por el porvenir incierto. Huraña, pensativa siempre, y concentrada, porque cuando la alegría es profesión, no es frecuente la risa espontánea. Y Alicia tiene que ir a muchas fiestas, y reír, cantar, bailar y mostrarse gozosa, alegre y despreocupada. Si no fuera así, ya no la invitarían para animar las reuniones, y perdería la protección de aquellos señores. Y aho-

ra César camina también abatido y con un brazo vendado. ¿Por qué se separarían? Si hubieran seguido juntos... Después de casarse parecían muy contentos, cuando iban a la playa, a Chame, y César contaba cosas, y hablaba de la gente conocida y comentaba los sucesos. Es absurdo que Alicia viva en forma tan extraña, teniendo que beber y que fingir; y que haya niños como Yeyo, que nacen así, como si fueran plantas; y mujeres viles, como "La Pichona" que, según le han dicho... La vida tiene aristas muy agudas, y la gente parece empeñada en hacerla más difícil. La envidia, la avaricia, el egoísmo, la maldad... Y los niños... los niños de su escuela, y los de todas las escuelas, crecen y van acercándose a ese mundo de bajas pasiones, que es como irse sumergiendo en un charco de aguas malas... En los pueblos, en los campos, no es así. Hay también su ruindad y sus envidias y algunos rencores pequeños. Pero allí donde la gente tiene el color de la tierra, la tierra es más humana, y da pródigamente sus frutos y flores. Y cuando hace sol todo se alegra; y cuando llueve sube desde el suelo una fragancia que el cemento ignora. Aquí, con sol, la calle sigue siendo oscura, triste, sucia...

Delante del callejón donde la vieja Chana sigue friendo pescado, hay grupos de mozalbetes que viven en la vecindad. Cambian cigarrillos y frases obscenas y algunos juegan trompo, riendo en carcajadas estridentes. Sobre la cabeza de la anciana, cuelga pendiente de un clavo, una lata oxidada con una planta de albahaca, que parece condensar la escasa pureza del barrio en sus pequeñas hojas, tan tiernas y tan verdes.

—¿Qué hubo, Elvira?

Elvira se detiene ante el saludo, y su ondulante pensamiento queda fijo.

—¡Eh! ¡Rosa! ¿Qué tal?

Elvira siente mucha simpatía por Rosa. Le recuerda la Normal; el uniforme azul de los domingos y de los días de fiesta; los paseos por el parque, y las charlas optimistas en los dormitorios y en el comedor. Además, Rosa es buena y formal. Tiene a su marido y a sus hijos, y cuida de aquel niño, Yeyo, que no sabe de quién es. Debía casarse, claro está. Un día le hablará de ello, porque Elvira ya sabe la verdad; y Pancho, el de la chiva, parece ser también buena persona.

Rosa ha empezado a relatarle cosas.

—... y te digo que hemos pasado el gran susto. Figúrate tú. La primera vez que lo detienen... Parece que era un borracho... Por suerte, no fué nada; pero hubiéramos quedado...

A Rosa no le gusta referir a nadie sus problemas económicos; sus dificultades íntimas, y si Carmen, "La Pichona", las conoce, es porque aquella mujer lo sabe todo siempre. Por eso es "La Pichona", y la gente le consulta cosas.

Rosa no sabe de qué hablar ahora. Quisiera comentar con Elvira el suicidio de la pobre Julia, que tanto la atribula; pero no se atreve. Elvira es maestra y no podría comprender la fatal decisión de aquella joven que se arrojó por un balcón rompiéndose la nuca. Carmen, "La Pichona", y Julia son dos pensamientos que se enredan formando una maraña. Elvira habla de Yeyo.

—Estoy muy contenta con él. Es listo y aplicado... muy educadito y serio... Es un gran niño...

—Sí; es verdad... Y nos ayuda mucho; vieras...

Las necesidades domésticas que alivia Yeyo con su trabajo, vendiendo periódicos y lavando

carros, vuelven a gravitar sobre Rosa, orientándola hacia confidencias que no quiere hacer...

—Me alegro mucho de que vaya a la escuela... y, sobre todo, que esté contigo. Figúrate... Y Pancho está muy contento también... Bueno, niña...

Rosa sigue hacia la tienda a comprar sal y frijoles, y piensa en Elvira y en la escuela; pero es sólo un momento. La imagen de Julia, muerta en el pavimento de la calle, con la cabeza destrozada, le hace sentir un estremecimiento. El hombre iba a dejarla, así... con dos chiquillos... y largarse tan tranquilo para allá, para su tierra... Sí. Así son... todos. ¿Y Pancho...?

Carmen, "La Pichona", está preocupada. Ha visto a Rosa conversar con Elvira y seguir luego a la tienda. Y Don Benito tiene prisa. Le ha ordenado regalar a Rosa unos aretes finos, de coral y oro, y ofrecerle alguna plata; pero Carmen, "La Pichona", no se atreve todavía. Rosa está ahora muy contenta de tener a Pancho en libertad y en casa, después del sobresalto de la detención, y es preferible esperar. Tendrá que calmar a Don Benito, que se

muestra impaciente; pero si le dijera algo a Rosa lo echaría todo a perder, porque Rosa es como es, y quiere a su marido, que es joven y fuerte. Sin embargo, debe hablar con ella. Hablar, de cualquier cosa. Y Carmen, "La Pichona", acecha su regreso.

Componiéndose la greña y haciendo sonar las chinelas, Carmen, "La Pichona", aparta la cortina de cretona floreada; abre la rejilla y pone pie en la acera. En la mano lleva cinco reales y rondándole por la cabeza sus malignos pensamientos, que nunca la abandonan. Si Rosa se negara a verse con Don Benito, perdería su protección y un buen cliente, ahora que los negocios andan mal con las intrigas de Tomasa y la mucha competencia que hay. Pero, Rosa puede hasta enojarse. Tal vez el dinero no le importe mucho, y menos ahora, que Pancho puede seguir con la chiva y que Yeyo vende casi todos los periódicos, ayuda a Víctor a lavar los carros y gana bastante plata.

Carmen, "La Pichona", sigue andando. En la esquina sigue Leonidas, el griego que vende frutas, al frente de su tinglado. Unas gringas contemplan los tableros de la lotería que las vendedoras abren sobre sus rodillas, y cinco mari-

neros de un barco argentino pasan muy despacio mirándolo todo. Un soldado de anteojos, que parece un profesor, muy alto y desgarbado, toma unas fotografías de la calle, donde están alineadas varias carretillas. Un vendedor de tamales hace equilibrios con su bicicleta, para andar despacio pregonando, y el chino del *chop suey* bosteza parado en la puerta.

El encuentro de Rosa y Carmen, "La Pichona", se produce normalmente.

—Ya tienes a tu marido, niña.

—Sí; le digo...

—¿... y estarás contenta...?

Rosa se sonríe; pero el recuerdo de Julia le sigue pesando. Porque la veía mucho pasar por la calle; porque jugaron de niñas, allá en La Chorrera; porque era pobre también, y porque el soldado la iba a dejar sola con los dos chiquillos. El rostro de Rosa se nubla otra vez.

—Desde luego, Carmen. ¿Cómo no? Pero es que esto de Julia... me tiene... Cuando pienso que la ví el domingo, y hasta conversamos algo...

"La Pichona" advierte en seguida que puede aprovechar aquella pesadumbre. El cadáver

destrozado de la pobre Julia, con su pelo cholo teñido de sangre y el cuello torcido en un gesto trágico, puede dejarle provecho.

—Si es lo que te decía... Los hombres, son todos iguales... Si esa chica hubiera sido inteligente y viva... ¡Ay! Bastante que yo se lo dije... No te enchocles con ninguno, niña... no seas tonta...

—Pero, si lo quería, Carmen...

—¡Qué querer, ni qué querer! Eso son historias... Además, que podía vivir con él, si le gustaba... porque eso no quita... Y... ya ves... Iba por ahí, por "La Ranita" a... nada. Porque no quería saber de nadie... Lo que Ignacio le daba así, de vez en cuando, por lo que ayudaba a consumir... Pero, fíjate, que había un teniente... Me lo dijo Emilia... que le hubiera dado... Y nunca quiso, la muy bruta, por estarse así, con su soldado, que ahora se marchaba y la dejaba en las latas. Ya tú ves... Porque, la verdad, es que se mató por eso... Porque el hombre la dejaba y no tenía un centavo...

Rosa escucha atenta sintiendo que algo se le desmorona dentro. Porque todo lo que dice Carmen suena como la verdad.

* *

Llega Yeyo dando saltos con rostro radiante. Ya vendió "La Hora", y además, por la mañana ayudó a Víctor a lavar dos carros. Yeyo trae plata en el bolsillo. Más de un peso de ganancia, que luego le dará a Rosa. Entra por el callejón del patio, bebe agua de la pluma que está al lado del lavadero donde Chon trabaja y regresa hacia la calle, hasta que Rosa lo llame a comer. Pero Yeyo se detiene bruscamente en medio del callejón. En el patio estallan gritos estridentes y el niño se vuelve. Los mozalbetes del trompo interrumpen su juego; Chana se limpia las manos en el delantal de dril y Rosa entra precipitadamente con revuelta mirada de ansiedad, porque piensa en el pequeño que dejó solo en el corredor.

En el patio hay ya un pequeño grupo y unos brazos que sostienen el inanimado cuerpecito del chiquillo, que sangra en abundancia por la cara. Tiene abierta la frente en una herida larga y ancha de bordes blancuzcos.

Crece el alboroto y todo son órdenes y explicaciones.

—¡Apúrense...! Hay que llevarlo aprisa al Dispensario. ¿Qué hacen ahí...?

Chon, la lavandera, es la mejor informada. Iba a tender una sábana cuando el pequeño cayó.

—Es una vergüenza, cómo tienen ese corredor así, con la baranda rota.

—Pero, niña... ¿Quién se iba a imaginar...?

—Si ya gateaba... Ya no es tan pequeño...

—¿Dónde estaba la mamá...?

—¿... y las hermanas...? ¿No pudieron...?

La lavandera logra, al fin, hacerse oír.

—Fué la Providencia... Lo ví cuando cayó... Primero fué sobre las cuerdas... Eso lo salvó... luego, hasta el suelo... ¡Ay, Dios mío, qué susto!

—¿Por qué no lo llevan, ah?

La noticia ya llegó a la calle y rueda aprisa por el barrio. Yeyo corre velozmente hasta la esquina para buscar una chiva.

—Pare, por favor, señor...

—¿Qué quieres...?

Yeyo apenas puede hablar. El susto y la carrera le privan del aliento, y la tos le ahoga.

—Un chiquillo... un chiquillo de Pancho. que se acaba de caer al patio. Sangra mucho... hay que llevarlo al Dispensario, ya... Por favor...

La chiva, detenida en medio de la calle, estorba el tránsito. Las bocinas encienden la protesta y llega un guardia blandiendo el silbato.

El chivero inquiere más detalles acercándose a la acera.

—¿De Pancho el de "La Chiricana"...?

—Sí, señor. Y sangra mucho...

—Tráiganlo, pues. Lo llevamos ahora mismo. ¿Dónde está?

—Aquí... Ya viene...

—En el patio continúa el alboroto con voces de urgencia.

—Pero, ¿por qué no lo llevan...?

—Ya fueron a avisar...

—Busquen una chiva... un carro... pronto. ¿No ven este niño?

Rosa no logra hacer nada; ni pensar siquiera. Se siente aturdida. Yeyo le sacude un brazo.

—Vamos. Ya encontré una chiva.

Rosa se deja llevar detrás de Víctor, que carga la criatura, y de Yeyo que abre paso. A su lado, con rostro compungido, está la vieja Chana, que se santigua varias veces murmurando rezos. Las mujeres de la vecindad empiezan a tejer su glosa.

—¿Dónde es que estaba la mamá...?

—En la tienda, creo...

—O hablando por ahí...

Alguien mira para comprobar que Carmen, "La Pichona", ya no está en el patio, y aventura el comentario.

—Creo que estaba con Carmen...

—Ahora están muy compinchas...

—¡Niña! Siempre... Es por la novela...

—También nosotras vamos a oír radio...

—¿Qué se traerán...?

El viejo Don Marcelo, el ciego, que se alarmó con el barullo, sale al corredor en camiseta y demanda informes de su hija con golpes de bastón y grandes voces.

—¡Chon...! ¡Chon...! ¿Qué es lo que pasa? ¿Hay fuego?

—¡Nada, pues! ¡Cálmese! ¡Un niño que se cayó! ¡No es nada!

Don Marcelo se interna en el cuarto y palpa el aire en busca de la mecedora. Con su boca sin dientes murmura denuestos.

—Los niños... ¡Si cayeran todos...!

En la calle, al lado de la chiva, hay ya aglomeración. El guardia interviene para acomodar al niño y llama a un compañero que pasa en motocicleta.

—Un chiquillo que se lastimó. Parece que está mal. Llévalos al Dispensario, para que puedan llegar pronto.

—Vamos. ¡Apártense!

Más que la voz conminatoria, es el ruido del motor, acelerado, el que dispersa a la gente. La motocicleta parte rauda y la chiva sigue, indiscutible dueña de la ruta.

Yeyo está asustado todavía y mira hacia el chiquillo, que parece dormido, con la boca abierta y muy pálido todo; pero el aullido de la motocicleta que abre paso, y la bocina constante de la chiva, le elevan el pensamiento hacia planos nuevos. Porque Yeyo ha montado en chiva muchas veces, para hacer trayectos cortos.

Desde calle J hasta Calidonia, o desde el Mercado hasta 5 de Mayo, parando a cada rato, siguiendo despacio, y a la expectativa de algún pasajero. Ahora es muy distinto. El chivero maneja seguido, quizá por vez primera, sin mirar a los lados, sin cuidarse del tránsito ni de los guardias, que al oír la sirena saben en seguida que la urgencia manda. Yeyo ha visto pasar así algunas veces el carro del Presidente, y otros carros, con una bandera. Yeyo piensa en todo esto, porque Yeyo es niño. Por eso su pensamiento se aparta por momentos del chiquillo herido.

Rosa se frota la cara y contempla absorta el extraño rostro de la criatura. Avanza una mano y, con timidez, le toca el pecho.

—¿Alienta...?

Víctor interrumpe sus cavilaciones acerca de los caseros, de las condiciones en que tienen que vivir los pobres, y de las cosas que dirá al grupo de sus contertulios cuando esté de vuelta.

—¿Ah...?

—¿Que si estará... vivo?

—¿Vivo? Claro que sí. Está dormido; eso

es todo. Los chiquillos no se matan ni de a vaina; no te preocupes. Además, casi no sangra ya.

Al llegar al hospital, Yeyo se acuerda de la noche que vió a Pancho detenido, de la enfermera gorda y del médico de anteojos, y busca ansiosamente un rostro conocido para aliviar su inquietud. Todo el personal es distinto. Hay médicos; hay también enfermeras, y los guardias de siempre; pero no son los mismos.

Víctor entra decidido y reclama auxilio. La enfermera mira, recoge al chiquillo con mucha destreza y se lo muestra al médico que lleva en la mano una jeringuilla de inyecciones y en los ojos una expresión de fatiga. Después, una puerta blanca se cierra tras ellos.

Víctor expresa su recelo con una sonrisa y alzando las cejas; pero tranquiliza a Rosa.

—Ya verás... lo cosen ahí, un poco y... no creo que tenga nada.

Estalla adentro un llanto con grito sonoro. Rosa se anima, porque su pequeño vive. Vive y llora. Las madres, y sólo las madres, pueden distinguir el llanto de un hijo. Y aquel llorar desesperado y con ahogos, le parece un milagro. Rosa sonríe y se vuelve habladora.

—¿Oyeron...? Está llorando... llorando... No debe tener nada grave...

Yeyo mira a Rosa y mira Víctor. Los mira desde abajo, desde su estatura, tan pequeña, buscando sonrisas para enlazar con la suya. El niño levanta su apretado pecho y contempla a Rosa.

—¿Ya vió...?

Rosa se acerca a un muchacho con piernas vendadas, que parece dormitar, y a una vieja negra que bosteza enseñando un diente. Necesita hablar con alguien y contar el susto. Mientras no lo cuente, lo tendrá allá adentro; es un peso grande que le duele mucho.

—... y como hay unos barrotes... la suerte, las cuerdas, que si no... pero si es que...

La puerta se abre dejando pasar un destello y aparece la enfermera con el niño en brazos. Blanco el uniforme, blanca la cofia sobre el cabello negro y blanca la venda que envuelve la frente de la criatura.

—¿Cómo se les cayó, ah? ¿Un niño tan pequeño...? Llévenlo y cámbienlo, que está orinado. Y tráiganlo el jueves para curarlo... Le han cogido tres puntos...

Luego, se enfrenta a la vieja con una pregunta.

—¿Y, usted? ¿Trajo ese papel...?

Rosa quiere estar segura.

—Pero... ¿está bien el chiquillo...? ¿No tiene... nada?

—Nada más que el golpe... la herida esa. Se pudo matar; pero nada roto.

Y a la vieja.

—Pase.

Afuera, el chivero quiere que quede constancia del valor de su contribución.

—La suerte también que lo trajimos en seguida. Sangraba mucho.

El guardia de la motocicleta conversa con un compañero.

—¿Qué fué, por fin...? ¿Cómo está el muchacho?

Víctor resume el informe.

—Tres puntos nada más... y gracias por todo.

De regreso, en la misma chiva, el chiquillo, con los ojos húmedos de las pasadas lágrimas, mira sonriente. El cansancio del llanto y el regazo materno le adormecen pronto.

* *

En la calle oscura todo sigue igual. Mendizábal, el cojo, vende sodas y pastillas y pipas heladas. Leonidas, el griego, ofrece a una gringa un cartucho de maíz tostado y, asomada sobre su rejilla, la chomba Ruby, conversa con Elvia.

Rosa sube hasta su cuarto y acuesta al chiquillo después de quitarle la ropa mojada. Cura los granos a la niña y empieza a barrer; pero se interrumpe para dar a Yeyo frijoles y arroz. Luego, tendrá que lavar, que coser algunas cosas y preparar la comida. También quiere bañarse y arreglarse el pelo y hasta pintarse un poco para cuando llegue Pancho. Porque Pancho no es como los otros hombres; esos de que habla "La Pichona". No todos pueden ser igual. Alguno será diferente. Como Pancho. Pancho la quiere... La ha querido siempre. Habla poco, porque él es así, y llega can-

sado. Pero es muy trabajador y serio... Y Pancho la quiere... Son cinco años ya... o seis, casi...

Carmen, "La Pichona", no ha podido disfrutar su siesta. Rumia sus intrigas y anda preocupada. Ahora, con lo del chiquillo va a ser más difícil convencer a Rosa, porque estará asustada y se creerá, además, un poco culpable. Tal vez piensa que si no hubiera estado parada en la calle hablando con ella, no habría pasado un susto tan grande. Por eso no es bueno que sigan los chismes que le oyó a Felisa y a otras vecinas.

Carmen, "La Pichona", sale hasta la calle a estudiar el aire.

En el grupo de mujeres que hay cerca de Chana, se olvidó el asunto; pero Carmen, "La Pichona" lo vuelve vigente haciendo aspavientos.

—... se cayó, porque se cayó, pues... Todos los chiquillos se caen... Ella no puede tenerlo amarrado, ni puede estar todo el día pendiente de él... Tiene mucho que hacer... y aunque hubiera estado arriba, en el cuarto, se hubiera caído lo mismo... Son esos barrotes condenados, que no acaban de arreglar nun-

ca, y eso que ya se le dijo a Don Jacinto varias veces... Son unos desconsiderados... Como si una no pagara... Si es lo que yo les digo... y el muchacho se hubiera podido caer aunque Rosa estuviera con él...

La conversación se apaga. Los argumentos de Carmen parecen convencer al grupo que, al saber que la criatura no ha sufrido un percance grave, pierde interés en el suceso. "La Pichona" lo comprende y quiere encender la tertulia con el tema infalible.

—... y al puertoriqueño ese, que vivía con Julia, ya se lo llevaron los gringos para la Zona...

—¿Preso...?

La perspectiva dramática dibuja gestos de interrogación.

—No. Qué va... ¿Los gringos...? Si hubiera sido con una mujer de ellos, sería distinto. Ahora lo fletan para allá, para donde sea, y en paz. Les apuesto lo que quieran a que ni de los hijos se ocupa. Si así son los hombres; no se extrañen...

—¿Dónde están los chiquillos?

—Oí decir que los llevaron para la Cruz Ro-

ja... ¿Dónde más? Pero tendrá que venir la mamá de ella a buscarlos y llevárselos para Chorrera, porque lo que es, él... Y a que no les da tampoco ni un centavo...

Las hipótesis de Carmen se han convertido en verdades, y por aquel grupo de mujeres crédulas e ingenuas empieza a correr sordamente un hondo recelo por todos los hombres.

—Qué va a dar... Si te he visto, no me acuerdo...

* *

Una chiva, "La Chiricana", llega en forma súbita y acelerada golpeando los baches y espantando a los niños que juegan en la calle. Pancho se baja de un salto y penetra airado por el callejón empujando, sin ver, a Elvia y a Felisa.

Carmen, "La Pichona", suelta el comentario.

—Ya debe saberlo... Y viene bravo... ¿Por qué? ¿Que tiene él que hacer?

—¿Quién se lo diría...?

—El chivero; seguro... Lo hallaría por ahí... Ellos se conocen todos.

—Pero debió decirle que no era nada... que el muchacho estaba bien...

Pancho sube la escalera a saltos, vibrando, tenso por la cólera. Desde que en el muelle inglés le dijo el chivero que había llevado a su hijo al Dispensario se sintió alarmado. Sobre todo, al no poder saber los detalles, ya que chivas, carros y camiones llenaban la calle y no pudieron detenerse mucho, con tanta bocina y el silbato impaciente del guardia.

Rosa siente un sobresalto al ver a Pancho parado en la puerta.

—¿Qué fué lo que pasó? ¿Dónde está el chiquillo? ¿Por qué se cayó? ¿Y... tú... dónde estabas?

Las preguntas saltan, se atropellan y parecen golpear a Rosa.

—El chiquillo está ahí... está dormido... Déjalo; está bien. Nada... se cayó...

—¡Se cayó al patio! Se cayó al patio, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Dónde estabas tú...? ¿Dónde...?

—Estaba en la calle...

—En la calle... en la calle... ¿Qué hacías en la calle?

—Hablaba con Carmen... Hablábamos de...

No pudo seguir, porque la primera bofetada le cerró la boca. Las siguientes la aturdieron y sólo el instinto le hizo gritar.

—¡No, Pancho! ¡Me matas!

Pancho sigue enfurecido y al pegar se enardece.

—¡Matarte, es poco! ¡La calle... hablando...! ¡Tú, con esa vieja zorra!

Los golpes caen sobre Rosa, que se dobla sobre las rodillas lanzando alaridos. Pancho la levanta por la ropa que gime en desgarro, pero se detiene cuando ve la sangre. Rosa sangra por la boca y por una grieta que se le abrió en la mejilla. Sangra también por el cuello, porque la cadena, halada con fuerza, se le hundió en la carne antes de romperse.

El tropel de vecinos se agolpa en la puerta, pero sin entrar. Al fin se abre un claro y aparece el guardia. Es un guardia viejo con mucha experiencia.

—¿Ya acabó la fiesta...? ¡Usted es un salvaje! Mire cómo ha puesto a esta pobre mujer. ¡Vámonos para la Guardia!

Rosa siente la vergüenza de la situación y trata de arreglar el pleito.

—No es nada. Déjelo... Son cosas nuestras...

El guardia insiste.

—Vamos, les digo.

—No se meta, pues... ¿Cómo vamos a ir así? ¿A dónde vamos a ir? ¿Qué le importa a nadie?

—Sí importa. Yo cumplo con mi obligación. Y digo que vamos. Así, que apúrense.

El niño despierta y empieza a llorar pero no le oyen. La niña de los nacidos se acerca a su madre y Yeyo, con un trompo en la mano, se encuentra indeciso porque sufre tirones de los dos afectos. Pancho y Rosa. Rosa y Pancho.

Rosa se limpia la sangre con un pañuelo arrugado y sigue ensayando excusas frente a aquel guardia que trata de romper el grupo.

—Ustedes váyanse... Nada hacen aquí...

—Pero, señor... Déjelo... ¿A dónde voy a ir yo con esta cara así?

—A la Guardia. Es bueno que la vean... A ver qué dice el Corregidor...

—Pero, yo no quiero que le hagan nada a él... Es mi marido... Soy su mujer... y si tuvimos una discusión... ¿qué le importa a nadie?

El guardia se impacienta porque ya está viejo y por el calor del cuarto.

—Mire, niña... A mí, no me importa. Como si la mata y ese es su gusto. Pero es mi obligación. Yo estoy de servicio, y si después pasa una vaina, y yo no la reporté... Vamos... Apúrense...

—Pero, ya le digo que no pasó nada. Yo no quiero que lo castiguen...

Pancho, ceñudo y hermético, siente que el furor vuelve a crecer. No quiere la compasión de nadie. Ya lo perdonó el señor aquel del atropello con el brazo roto, y ahora Rosa también quiere perdonarlo. ¿Por qué? ¿Por qué lo va a perdonar, si tenía razón al pegarle? No quiere la piedad de Rosa. Quiere hablar en la Guardia; contar lo que pasó, y que la autoridad

decida. Y si lo castigan, quedará preso, porque multa no puede pagarla. ¿Por qué van a castigarlo? ¿Por pegarle a su mujer, que dejó al chiquillo solo para ir a hablar con "La Pichona"? ¿No van a saber en la Guardia quién es "La Pichona", cuando lo sabe todo el mundo? Por eso interviene. La voz es ronca y grave.

—Vamos. Vamos, a donde usted diga. Vamos ya.

Rosa vuelve a protestar.

—¿Cómo voy a ir yo por la calle, así, con esta cara? Es una vergüenza. Además, tengo que curarme un poco.

—Si quiere que la curen, vamos al Dispensario.

—No. No. Al Dispensario, no.

Víctor, enterado, apunta el remedio.

—Eso que tiene, es nada. Si no quiere caminar... llame un radio-patrulla.

El guardia accede en seguida. Los años no le privan de apreciar los encantos de Rosa y comprende aquella resistencia.

—¿Hay un teléfono por aquí?

Enfrente; al lado, en la abarrotería.

—Bueno, pues; pero vayan bajando...

Mientras camina por el corredor, seguido de Pancho, el guardia reflexiona. Puede llamar al cuartel para que avisen a un radio-patrulla; pero... ¿debe hacerlo? Después de todo, aquello no tiene importancia. Es algo que pasa todos los días en los barrios estos. Si fuera en Bellavista... cuando estaba de servicio por allá, cerca de las Embajadas y cuidando casas buenas, no pasaba nada; pero, por aquí... Además, que si le toca venir al radio-patrulla del sargento López, se va a poner bravo. Llamarlo para una pendejada así... Ya una vez le dijo... Y Pancho es un buen tipo, que hace poco estuvo detenido por un atropello, y lo pueden fregar, si vuelve ahora.

En el callejón, el guardia se detiene y espera por Rosa. Con la escolta de vecinos, y Yeyo a su lado, Rosa llega componiendo el gesto.

—Bueno... Miren... Les voy a dar un chance. No los voy a llevar nada esta vez. Pero déjense de pereques y pórtense como gente civilizada.

El guardia pasa al lado de la niña Chana y de unos muchachos, que miran indiferentes.

Pancho siente condensada la contrariedad. Aquel final sencillo le disgusta. Era mucho mejor contar la verdad y que alguien le dijera a Rosa que Carmen, "La Pichona", era una mala mujer, que sólo podía hacerle daño. Y Pancho estaba muy contento cuando se encontró al chivero cerca del muelle inglés. Estaba muy contento, porque acababa de hacer un contrato para llevar unos músicos a Río Mar, donde habría un gran paseo, porque le iban a pagar veinte balboas, y porque Rosa se pondría feliz. En cambio, ahora... Ahora, Pancho no quiere volver a la chiva. Ha puesto en un bolsillo aparte la plata del hindú, y el resto se lo beberá. Toda la tarde. Hasta que acabe el dinero; y beberá ron para emborracharse pronto, y no pensar en Rosa; ni en el niño; ni en Carmen, "La Pichona"; ni en el guardia que, a su lado, habla sin parar.

—... y lo hice por tí, también. Después de lo del atropello... Con la paliza que le diste a tu mujer...

Pancho no habla. Pancho no habla casi nunca más que lo necesario, y con el guardia no tiene de qué conversar. Ni siquiera le agradece el no haberlos llevado detenidos para así

aclararlo todo. Ahora, Pancho sólo quiere llegar a la cantina y beber unos tragos. Varios, y seguidos. Después, más tarde, cuando lleguen los otros, quizá juegue dominó.

* *

Rosa se lava la cara varias veces, porque el agua le hace bien, y se dispone a coser. Carmen, "La Pichona", llega con unos frascos y con unas vendas.

—Niña... Déjame ponerte ahí un poco de hielo... Se te va a hinchar mucho, si no... Tengo aquí mercurocromo y un poco de mentolathum; ya verás... ¡Qué barbaridad...! Por eso yo no quise verlo... Le hubiera dicho lo que se merece...

Rosa está indignada. Todos los vecinos han visto su humillación. Y lo del chiquillo no fué más que un accidente. La prueba está en que todos los vecinos opinan así. Nadie dice lo contrario. Había ido a la tienda... y fué a causa de la baranda y de los barrotes... Si vivieran en otra parte... Como Elvira, que tiene buena casa... Claro que Elvira es maestra, aunque también la hermana la ayuda, con seguridad.

Sí. Alicia también trabaja; trabaja en una oficina del Gobierno y dicen por ahí... Es lista, Alicia... o como Olga, la mujer de Celso. Porque Celso gana buena plata, allá en San Francisco... Si Pancho quisiera... pero chivero nada más, y trabajando siempre para el indio... Si Pancho no chupara tanto y fuera vivo... Porque hay que ser vivo. Si no, se friega una, como la pobre Julia... Como la pobre Julia, que la iban a dejar así... Tiene razón Carmen... Si Pancho quisiera... ¿Cómo se las arreglan otros, que no son chiveros...? Y tenerla a ella así, y encima pegarle tan duro, porque el chiquillo se cayó al patio por el hueco de los barrotes... Y que no pasó nada, después de todo. Sí. Pancho, es como los demás. Cualquier día también puede dejarla con los tres muchachos... Y diciendo esas cosas de Carmen, que es la única vecina que viene a ayudarla; que se ocupa de ella...

—Ya no me duele.

—No hagas caso. Te puede doler después... Y el hielo es para que no hinche, y el mercurocromo, aquí... Ese Pancho es un salvaje. Te hubiera podido matar... con esas manos... Hay que ver cómo te puso la cara...

En el patio hay un nuevo alboroto. Elvia está con el ataque y se ha golpeado la cabeza contra una columna. Chana corre, tropezando, y Felisa trota agitando la masa de sus nalgas enormes. Se inclina sobre la enferma para meterle un trapo en la boca, pero no puede separar los dientes. Con la vista extraviada y el rostro salpicado de saliva, la epiléptica se agita en bruscos estremecimientos. Por entre las piernas le corre un reguero de orina que le moja el traje. Sobre la baranda de escalera y corredor se asoman los de costumbre. Pero la curiosidad está atenuada por la mucha repetición del espectáculo. Aquello de Elvia pasa pronto. Luego, duerme un rato, y después no se acuerda. Sólo sabe que le dió un ataque cuando se muerde la lengua, o cuando recibe un golpe fuerte, como ahora.

Rosa y Carmen se retiran hacia el cuarto para proseguir la cura. "La Pichona" está ansiosa por saber la reacción de Rosa, aunque tiene la certeza de que aquel disgusto va a favorecer sus planes. A las seis de la tarde tiene que llamar a Don Benito.

—Pues, sí, niña. Y menos mal que no te ha dañado las orejas... Tengo ahí, abajo, unos aretes que quiero que veas... para tí...

—¿Unos aretes...?

—Sí. De oro y de coral. ¡Vieras qué belleza...! Grandes... Para tí, que tienes el cuello tan lindo...

—¿Para mí...? ¿De coral...?

Rosa sabe que necesita un espejo, una peinilla, unos zapatos y otras muchas cosas. Así, pequeñas cosas. En unos aretes de coral nunca pensó. Pero sabe que le gustan mucho, cuando los ve en otras orejas, o al pasar, en la vidriera de la joyería.

—Para tí... claro. Ya verás. Eso, si te gustan... Luego vienes a verlos abajo.

—Pero... para mí, ¿por qué? ¿Por qué me los regala...?

—No seas tonta... Ya verás... Eso no es nada... Estate quieta y déjame frotarte esto.

Yeyo acaba de coger su paquete de "El Panamá América" y corre veloz con otros vendedores frente al Instituto, en un despliegue de carreras ágiles y gritos.

Junto al mostrador de la cantina, Pancho está un poco mareado ya.

VII

ELVIA está en la calle. Mira a todas partes con mirada incierta y come un mamey parada en un cuadro de sol que pone manchas ocre en su piel, tan prieta. Sobre el cuello flaco le tiembla un poco la cabeza de pelo apretado sujeto en trencitas, y la pulpa oscura de la fruta mezcla sus colores con el de los labios gruesos. Elvia come labio lo mismo que fruta. Todo es muy sabroso. Después se ríe sin saber por qué. Se ríe, porque está contenta; con los dientes grandes y muy blancos, y cierra los ojos. Elvia está feliz y luce así su gozo con aquella risa. Cuando Elvia se ríe, la calle se alegra y parece que no está tan oscura.

Elvia va a la tienda. Camina muy despacio

con sus piernas flacas arrastrando las chinelas rotas. A veces se para y mira cualquier cosa. Un niño que llora; un carretillero que vende carbón, o una vecina que pega a un muchacho. Luego, sigue andando, vuelve a detenerse y al fin, llega hasta la tienda.

Víctor ha sacado a la acera su cajón de frutas. Hoy tiene nísperos. Nada más que nísperos. Reclina el taburete de cuero lustroso contra la pared, y empieza a fumar. Ha lavado tres carros en distintas calles, y en el taller en que trabaja Lou empezó a simonizar otro. Víctor tiene fama de sabio y prudente, y gente que le escucha. Gente que se sienta cerca, o que queda de pie. Víctor lee periódicos y anda mucho por Santa Ana, oye cosas y oye comentarios.

Víctor es tableño. En Las Tablas, hace mucho tiempo, aprendió el oficio de carpintero. Se casó con Petra un año por Santa Librada, y durante la guerra vino a Panamá para trabajar en la Zona. Después estuvo empleado en varias empresas constructoras de la capital, pero ahora no consigue empleo y en su casa, algunas veces, hay mucha necesidad. Tiene cuatro hijos. Dos están enfermos; uno es limpiabotas y otro muy pequeño. Y Petra es reumática.

Víctor tiene dos hijos más con otra mujer, que vive en Juan Díaz, que de vez en cuando le pide dinero, porque ahora está sola y no tiene marido. Víctor lava carros. Siempre hay carros que lavar cuando se lavan por un peso. Un balde, unos cuantos trapos y un cepillo fuerte para el barro de las llantas; es todo lo que hace falta. No se puede cobrar más de un peso por lavar los carros que están en la calle. Son esos carros, algo vagabundos, que no tienen garaje; carros callejeros que se quedan tristes y que envejecen pronto al agua y al sol. En los carros finos, tan lustrosos siempre, se cobra un balboa. Víctor hoy lavó tres carros y después fue al taller de Lou. Mañana hará lo mismo. También va al Mercado a comprar sus frutas y el pescado que le encarga Chana y el tasajo que algunas veces comen en la casa. Todo esto lo hace porque Petra se siente muy mal con el reumatismo.

Víctor habla con frecuencia de las negociaciones y de política, porque va mucho a Santa Ana. Habla de la Coalición y del Matadero y del Renovador; habla de los chombos y habla de la crisis. Víctor sabe cosas y la gente le oye. Cuenta historias de allá, de su pueblo, y refiere hazañas, tal vez inventadas. Ahora,

Víctor no quiere trabajo como carpintero. Dice que lo busca y que pregunta; pero no es verdad. Vendió las herramientas hace mucho tiempo y sólo le quedan dos serruchos viejos y un par de formones. Víctor anda mal de plata, pero ahora le gusta ser independiente, y lavando carros no tiene patrono. Y también tiene más tiempo para conversar y andar por la calle.

Víctor siente antipatía por los jamaicanos desde que trabajó en la Zona; pero ahora no habla mal de ellos. Cuando llevaron aquel carro al taller de Lou para que le pusieran forro nuevo a los asientos y le dieran brillo a la carrocería, el chombo le dió el camarón. Y son seis balboas. Es trabajo grande, porque la cera se seca en seguida y hay que frotar mucho. Pero, seis balboas es bastante plata. Víctor no quiere hablar mal de los chombos, porque Lou y Ruby son muy serviciales. Ruby trabaja en un *club house* de la Zona y siempre consigue algunas cosas para los vecinos en el comisariato de Curundú. Ruby es muy atenta y muy educada, y lo mismo Pearl, la mamá de ella y de Lou, aunque nunca pudo aprender español. Ahora Víctor prefiere hablar mal de los blancos, que son dueños de todo, sin ser panameños.

Porque, para Víctor, no hay más panameños que los del interior, y estos siempre están fregados.

—Si no son los políticos... Pero casi nunca les dan puestos grandes, tampoco... Aquí hay que ser capitalino y blanco... ¿Cuántos Presidentes hubo del interior...? Díganme, para ver...

Con frecuencia, Víctor deja condensado su credo social.

—... no hay panameños, les digo... ¿Dónde están...? Recorran la Central, para ver... Turcos, indios, chinos y españoles... Y españoles, menos mal, porque son gente de uno... Pero hay de todo... Por donde quiera que vayan... Aquí mismo... El griego ese de la fruta, que lo tienen monopolizado...

¿Y los cabarets...? ¿Y las tiendas esas? Los negocios todos, de extranjeros... Y uno aquí, fregado siempre... ¿No hay panameños...? No tenemos unión; es lo que pasa. A Santa Ana ya no vamos casi gente del interior... ¿De quién son las casas...? También de extranjeros, o de hijos de extranjeros, que es la misma vaina...

Alguien contradice un poco.

—No. No es lo mismo... Si a eso vamos... Tus viejos, o los abuelos...

—¡Panameños todos! De Las Tablas mismo. Claro que, si vamos a ver...

La gente entra y sale en la abarrotería grande, y en la otra tienda que vende cosas más baratas. Es una tienda pequeña, que no tiene refrigeradora y que vende ñame, yuca, otoe y frijoles negros, y hasta raspadura. Y la avena esa, de cajeta, que da premio siempre; vasos o platos.

Elvia viene de regreso. Camina despacio y chupa una paleta que le regalaron.

* *

Carmen, "La Pichona", ha corrido las cortinas y allá, en su recámara, echa las cartas a

una viuda gorda y cuarentona de mucha pechuga que aspira a casarse con un hermano del difunto. El naipe tendido es muy poco elocuente y por eso Carmen prefiere usar su inventiva.

—Tendremos que probar otra vez. Estése tranquila y concéntrese un poco. Piense en ese hombre. Diga... ¿cómo es él...? ¿Tiene mucha plata...?

—Mucha, no... Pero tiene más de lo que tenía mi marido, el pobre... Sí, tiene sus reales... Tiene una casita y una tienda buena allá en Pueblo Nuevo.

—¿Cómo anda de edad...? Y... ustedes... ¿se tratan...?

—Tiene unos cincuenta, pero se conserva de lo más bien. Va, a veces, a verme; pero un ratito... La casa es de él... No me dice nunca nada...

Carmen no quiere defraudar a la viuda que se limpia el sudor muy sofocada y vuelve a barajar con mano maestra.

—Ya le dirá... Corte... No. Con la otra mano... Tiene que salir; va a ver...

Las cartas se acuestan, pero no dicen nada. Como siempre. "La Pichona" se concentra y mira al tapete. Luego, con el índice, golpea una sota.

—Aquí está... ¿El no es mujeriego? ¿No parrandea...?

La viuda sonríe y piensa en la calva del abarrotero, en sus lentes gruesos de miope y en su bigotito.

—¡Qué va a parrandear...! No le gusta nada más que hacer dinero... ¿Mujeres? Si acaso, la chola que tiene en la tienda. Pero no lo creo, porque esa muchacha tiene su marido, y tiene varios hijos. Y ninguno es de él. Es como muy tímido.

"La Pichona" piensa que ya sabe bastante, y aventura el consejo. Algo insinuado nada más, puesto que la viuda tiene que volver.

—Procure hablar con él... pero no en la tienda... Dígale que alguien la pretende; pero que usted... qué va... que no quiere hombre... que no necesita... que está muy tranquila como está...

La viuda no entiende tanta sutileza.

—Pero, si le digo eso... Además, que yo, sí quiero casarme. Yo estoy joven todavía, y no voy a pasarme la vida así, sola...

—Usted no comprende... Déjemelo a mí, y cuénteme qué hablaron. Pero dígale eso... Venga en seguida y miramos las cartas. Si no se decide...

—¿Qué...?

—Podemos probar...

—¿Qué cosa?

—Las gotas...

—¿Gotas...?

—Sí. No se alarme. Nada que haga daño. Las preparo yo. Son un poco caras; pero nunca fallan. Estoy tan segura, que podría pagarme sólo la mitad y el resto después. Después de la boda.

—¿Cómo se preparan...?

—Ya se lo diré... Pero, no ahora...

La viuda se ve ya en la tienda detrás de la caja, llevando a casa latas de jamón y buenas conservas.

—¿No podría dármelas ahora...?

—No están listas. Además, que es necesario

que él vaya a su casa y que tome algo; alguna bebida. Cuando le eche las gotas, no nota el sabor, así que vaya acostumbrándolo a que tome algo. Llámelo y pídale consejo para alguna cosa, que eso le gusta mucho a los hombres, y bríndele algo... Café, o algún trago. Y hable con él y cuéntele lo que yo le digo. Necesitamos saber lo que dice...

Carmen, "La Pichona", despide a la viuda y guarda el balboa. Mira con desdén las cartas y hace el paquete de nuevo. Las cartas... Carmen, "La Pichona", sabe bien lo que hace. Si aquel hombre piensa que la viuda es muy exigente, es seguro que se asusta. Cincuenta años... Un hombre soltero y a esa edad, es raro... Pero, a todos les gustan las comodidades Y si la viuda sabe hacer las cosas... Lo malo es que parece algo bruta... las cartas... las gotas... pura necedad; pero algo se gana. Si le da las gotas, serán veinte pesos... Contempla el billete y le mira el número. Termina en dos sietes.

Carmen, "La Pichona", sale a comprar chances y un poco de azúcar para el café de la cena.

* *

El patio está en sombra. Chon recoge con cuidado la ropa para ir a planchar. Tiene tres canastas grandes y apretadas, pero está contenta. Es mejor así. Varias casas de blancos que le dan trabajo y la señora Obdulia, la de la pensión, la recomienda a los huéspedes para la ropa fina, porque Chon lava a mano, con tabla y jabón. Los tobillos de Chon están siempre hinchados, con algunas llagas y bultos morados que destilan un agua de color de ámbar y hasta un poco de pus. Por eso Chon prefiere la plancha. Cuando está subida a la tabla que hay en el lavadero, siempre se salpica y se moja un poco. Y le duelen las manos; las uñas se rompen, la piel se le arruga y las piernas sufren. Planchar es mejor, aunque suda mucho. El cuarto es oscuro y necesita encender la luz. Y la bombilla, tan cerca, da mucho calor, lo mismo que la plancha. Pero, ahora, Chon tiene una plancha muy buena que Ruby le compró en el Comisariato. Es una plancha nueva, grande y liviana. Nueve balboas. A Chon le gustan mucho las cosas del Comisariato, como los cigarrillos para Don Marcelo, que son más baratos y que le compra Ruby. Le gustan esas cosas desde que el viejo trabajaba en la Zona. Fué pintor y carpintero, a veces, y luego, guardián, y siempre traía cosas

del Comisariato. Luego, Don Marcelo quedó ciego de una infección, y fué jubilado. La cuenta es muy fácil. Dieciocho años de trabajo, un balboa por año. Dieciocho balboas mensuales. Pero es que Don Marcelo nació en Pedasí y la pensión de dieciocho balboas mensuales de jubilación que ahora le pagan es lo que le corresponde. Si Don Marcelo hubiera nacido en California, o en Arizona, sería muy distinto. Entonces, tal vez no habría quedado ciego siquiera, porque su trabajo sería otro y no hubiera tenido aquella infección. Pero, en todo caso, su pensión de jubilado sería un poco mayor, porque un gringo no puede vivir con dieciocho balboas al mes, cuando ya está inútil para trabajar. Un panameño es distinto, y nadie tiene la culpa de que Don Marcelo naciera en Pedasí y que se hubiera enfermado de los ojos. Por eso Chon tiene que trabajar muchas horas cada día. El cuarto cuesta doce balboas, y la Fuerza y Luz, casi siempre cinco, porque Chon plancha mucho y gasta corriente y no quiere que nadie le haga trampa en el medidor. De la jubilación de Don Marcelo le queda un balboa al mes para la comida y para la ropa y las medicinas. Por eso Chon lava con los pies enfermos, y por eso tiene que planchar tres cestas de ropa, que ya

están colmadas. Y menos mal que ahora ya no se usan tanto los sacos de dril bien almidonados. Pero, hay guayaberas, que tienen muchas alforzas, pantalones y muchas camisas, y fundas y sábanas.

Con la lata de agua remoja un poco la ropa y vuelve a su cuarto renqueando. Don Marcelo, en la mecedora, siempre está enojado. Es la impertinencia de los viejos. Saben que están indefensos; que nadie puede hacerles daño, y abusan de todos. Don Marcelo está ciego hace cinco años y vive al amparo de su hija Chon. Porque los demás hijos andan por el mundo. Uno vive ahora en Colón. Maneja una camioneta que reparte pan, y es boxeador también. El otro está preso por marihuanero, por contrabandista, y porque en una cantina cortó a un guardia con una cuchilla. La hija mayor vive en Chiriquí. Ahora ayuda en la cocina del hospital de David y le dan la comida, porque quedó viuda con cinco muchachos. Chon ha sido estéril. Tuvo dos maridos. Uno era bombero y otro policía, y ambos la dejaron. Entonces empezó a lavar. Cuando puso cuarto, Don Marcelo vivía en una pensión y vino a vivir con la hija. Luego, quedó ciego y aquí se quedó con los dieciocho balboas de jubilación. Pero, Don Mar-

celo piensa que Chon no hace nada. Como no puede mirarle sus llagas, ni verla lavar, piensa que se pasa el día vagando, de charla, y que su dinero basta para todo. Por eso regaña. Por eso, y porque es viejo, con las articulaciones duras, y porque no duerme. Y porque está ciego, y a veces tropieza y se lastima. Porque no ve el agua que bebe, ni ve el sol, ni la gente.

—¡Chon!

—¡Ya voy...!

—¿Dónde estás...? Quiero agua... ¿Qué hora son...?

—Es temprano... ¡Espere...!

—¿No está la comida?

—Si es temprano... ¿Por qué no se calla...?

—¡Carajo! ¡Dame agua!

Entra Felisa, gorda, sudorosa y de muy mal humor.

—Tu viejo es fregón, ¿ah?

—El pobre está solo... No se siente bien...

—Chon sube la escalera trabajosamente con la última canasta, mientras Don Marcelo vocifera insultos.

—¡No andes puteando por ahí, y dame agua...! ¡Zorra! ¿Quieres que me muera...?

—Calle, por favor... Vengo con la ropa... Ahora le doy...

Chon entra en el cuarto y da al viejo un totumo de agua de la pluma. Antes de encender la plancha tendrá que calentar la cena.

* *

Felisa se encierra en su cuarto. Se quita la ropa y se pone una bata. El cuarto de Felisa es el de la esquina. Un cuarto pequeño, con la puerta hacia el patio. Tiene una cama doble, porque está muy gorda, y la sobrina duerme allí también, y una estantería vieja, de caoba. Y una mesa donde corta la ropa que le encargan, unas sillas y la máquina de coser. Tiene también una cómoda, al lado de la cama, y una mesa pequeña cubierta de hule, donde está la estufa de kerosín. Debajo de la mesa hay unas tablillas con ollas y pailas y unos cuantos platos, cucharas y vasos. Detrás de la puerta tiene unos cajones con manteca y sal, lentejas, frijo-

les, tres o cuatro plátanos, un poco de yuca y algo de arroz. El galón de kerosín, de vidrio, está al lado del balde de lavar la ropa.

A través del delgado tabique de madera, Felisa oye a "La Pichona" conversar con alguien. El cuarto de Carmen, que se abre a la calle y tiene rejilla, se separa del de la modista por unos tableros. Felisa siente que crece su contrariedad. "La Pichona" gana plata fácilmente y vive bien, sin hacer nada. Conversar con la gente, echar las cartas, preparar ungüentos y hacer esas cosas. Eso, no es trabajo. Y tiene mucha ropa y buena y bastantes muebles, un cuarto a la calle y un radio muy grande. Se levanta tarde; puede bañarse con calma y dormir la siesta. Duerme hasta las tres, porque hasta esa hora no abre la puerta ni tiene visitas. También Tomasa vive bien y está siempre contenta. Pero a Tomasa la ayuda su hija. Y Herminia es muy lista; siempre bien vestida, siempre bien calzada. Y Elvira, y Alicia... Tienen también radio y refrigeradora; y un cuarto grande con baño privado. Eso, es vivir bien. Elvira es maestra, y Alicia trabaja en algo del Gobierno. Trabaja, y va a muchas

fiestas. Por eso quería el traje y le mandó recado por Encarnita para que se lo llevara pronto.

Felisa está disgustada porque cosió toda la noche para terminar aquel traje de Alicia. Le dolían los ojos y para alejar el sueño tomaba café, porque Felisa no puede dormir la siesta y en la noche siempre se acuesta temprano, después de oír la novela en la radio de "La Pichona". Acaba de regresar de la casa de Alicia, y no pudo cobrar. Alicia no estaba, y Elvira no quiso pagarle.

—... lo siento mucho, Felisa, que se haya molestado en venir... pero no me atrevo... es mejor que ella lo vea y que se lo mida antes... déjelo, si quiere... yo le diré... y no se preocupe...

Ahora, mandará a Encarnita a cobrar. Encarnita es muy pequeña; pero ya trabaja, porque es muy lista y terminó la escuela hace tiempo. Ayuda al cojo Mendizábal en el quiosco de refrescos, y gana un peso por semana. El cojo Mendizábal la deja beber alguna soda y comer galletas y raspado; unos raspados que Encarnita sabe prepararse en un vaso grande de cartón, con mucho jarabe y mucha leche condensada.

Por eso Encarnita come poco en casa y, además, le da el peso a Felisa, que le hace la ropa y le compra zapatos; zapatos de lona, que son más cómodos y más baratos. Encarnita la ayuda, aunque es pequeña todavía. La niña es sobrina; hija de Ricardo, que quedó viudo, con varios muchachos. Ricardo trabaja en el Manicomio y mandó a los hijos a Los Santos a vivir con la abuela. Pero, Encarnita quiere ser modista y se quedó aquí, con la tía. Y, aunque está en el quiosco ayudando al cojo, por la tarde cose; aprende a bordar y ayuda a Felisa. El hijo de Felisa, en cambio, no la ayuda nada. El hijo de Felisa se llama Belisario y es blanco y buen mozo. Felisa nunca tuvo más que ese hijo. Cuando era joven y no estaba gorda, Felisa cosía en una casa de señores de mucha familia. Uno de los hombres se llamaba Carlos, y fué el padre de Belisario. Cuando Carlos se casó, siguió viendo a Felisa y al niño y ayudándola con algún dinero, aunque no tuvieron más hijos. Pero, luego, Carlos y su esposa se fueron a vivir a los Estados Unidos, y él murió al poco tiempo. Felisa quiso educar bien al hijo, y buscó clientes para su trabajo de modista. Ahora, Belisario trabaja con unos gringos y tiene un carro azul. Se casó con

la hija de un español, y vive en Vista Hermosa. Pero Belisario nunca ve a Felisa, ni le manda plata; tal vez se avergüenza un poco de verla tan gorda, con la piel morena y el pelo apretado. Porque Belisario tiene hijos rubios. Felisa los vió una vez. Una vez que Belisario salía del cine con ellos y con su mujer. Hablaron un rato; pero empezó a llover y se separaron. A veces, Felisa ve a su hijo en la calle y él le da algo para los chances. Nada más. Hay hijos así. En cambio, Herminia sí es buena con Tomasa. Y Chon, con el ciego.

Al pensar en Chon, con sus piernas ulceradas y sus cestas de ropa, Felisa se consuela un poco. También piensa en Chana, tan vieja y tan laboriosa, con su hija epiléptica y aquel hijo deportista, jugador de beisbol, que viaja al exterior, que es tan famoso, y que tampoco se acuerda de que tiene madre... Y en Rosa, con su marido, Pancho, que ahora le pega... y en Petra, con el reumatismo, y en Víctor sin trabajo, con dos hijos enfermos; uno con el asma y el otro baldado...

Felisa suspira y se levanta para hacer arroz. Busca en una olla los frijoles que tiene a remojo y saca la paila.

* *

Elvia está ayudando a Chana a recoger las latas y a retirar el fogón, porque el día declina y la jornada acaba.

Chana sabe que está vieja, y le preocupa Elvia. El trabajo no le importa; porque trabajó siempre. Desde niña, allá en las islas de San Miguel, entre el verdor jugoso y fuerte de sus bosques tupidos, el polvo de oro de sus playas pequeñas, recogidas, íntimas, entre los acantilados grises; y el aullar del viento, tan lleno de sal, sobre la marea ondulante de los bongos, de las palmeras y de los guayacanes. Chana trabajó siempre en las islas, desde que era niña, y cuando fué mayor y vino de sirvienta a Panamá. Y cuando vivió con Emilio, tan negro, tan reidor y tan parrandero, que cuidaba los caballos de carrera de algunos señores, y que murió ahogado en el mar, porque estaba borracho cuando se volcó el cayuco en que andaban él y otro detrás de una tintorera, aquí en la bahía. No es el trabajo lo que inquieta a Chana. Es Elvia. Desde que tuvo aquellas fiebres, cuando era pequeña, le empezaron los ataques. A veces, pasa un mes sin que le dé ninguno. En otras ocasiones, se repiten pronto. Y Elvia no lo advierte; no se da cuenta de nada. Puede estar riendo, hablando, senta-

da, o quizá dormida. Y se cae al suelo, esté donde esté. Rígida primero; luego, con las convulsiones. Muchas veces se golpea el cráneo y se muerde la lengua. Después, se duerme. Es un sueño corto. Y cuando despierta, no recuerda nada. Chana se preocupa, porque si se muere, o se enferma un día, y tienen que llevarla al hospital... ¿qué será de Elvia...?

Estas inquietudes no alcanzan a Elvia. Elvia come fruta; anda por la calle, oye lo que dicen y siempre está contenta. Nunca tuvo novio, y menos marido. Algunas veces en la playa, ya al anochecer, se entregaba a alguno, a un desconocido, sin saber por qué. Le gustaba el juego, torpe, breve, brusco; pero lo olvidaba pronto. Chana lo sabía, porque ella se lo dijo y porque una vez tuvo que llevarla al médico con una infección. Elvia apenas recordaba ningún episodio y no pudo siquiera concebir un hijo. Por eso Chana sigue preocupada. Piensa que si Elvia tuviera marido, se podría curar de los ataques. Si tuviera un hijo... Elvia es como Chon, que no tuvo tampoco. Pero Chon está sana y puede valerse. Aquello de las piernas, es nada. Cuando el mal está dentro y no sale, es mucho peor.

Ahora Chana recoge sus cosas hasta el día siguiente. La misma rutina. Colar el café y hacer las comidas. Freír el pescado que le compra Víctor en el mercado, porque el que traen las carretillas es más caro, y hervir el chicheme. Chana se levanta siempre antes del amanecer. Mucho antes que Yeyo, que vende periódicos y madruga mucho.

* *

En la calle los muchachos aprovechan lo que queda de luz de la tarde y juegan pelota. La bola es de trapo y el bate es un palo cualquiera. Todo es arbitrario; hasta las esquinas que marcan las bases. Leonidas teme por sus frutas y por su armatoste cuando la pelota vuela y un chiquillo corre mirando hacia arriba.

—¡Chambón!

—¡Ajo...! ¿No puedes correr...?

No. Yeyo, no puede correr. Yeyo está cansado. Hace un gran esfuerzo para sonreír. Vendió "La Estrella" por la mañana y luego fue a la escuela. Salió temprano para vender "La Hora"; pero, por la tarde ya no pudo ir al "Panamá América". Ahora, juega, porque

hay que jugar. Pero Yeyo está asustado, porque antes le dió tos y escupió un poco de sangre. Cuando fue a lavarse a la pluma del patio, Chon estaba recogiendo ropa y le preguntó.

—¿Te caíste, o te pegaron...?

—No... Nada...

—¿Y eso, pues...?

Yeyo no sabía lo que era, ni de donde salía aquella sangre, que era poca y de un color muy claro. Bebió agua y volvió al juego; pero no puede correr porque el pecho le duele cuando se fatiga, aunque los compañeros gritan y protestan. Le duele, como le dolió otras veces, que tuvo que sentarse a descansar un rato. Ahora, tiene gana de que termine el episodio y cojer el bate, porque es más descansado, o encontrar pretexto para irse de allí. El pretexto es Rosa.

Rosa y "La Pichona" pusieron unas cuerdas entre los barrotes para evitar que el niño volviera a caerse, y después se sentaron para hablar de Pancho; pero la conversación quedó truncada, porque desde abajo llamaron a Carmen. Ahora, Rosa quiere hablar con "La Pichona" antes de que empiece la novela y lle-

gue más gente. No sabe de qué quiere hablar, porque sus ideas están muy confusas; la mejilla le duele y la mancha cárdena del pómulo no desaparece. Pero, Carmen, "La Pichona", siempre dice cosas que la ayudan a pensar.

—¡Yeyo...!

Como siempre, Yeyo acude presuroso. Y, además, contento de dejar el juego.

—Compra media libra de café. ¿Tienes plata...?

—No.

—Cójelo de la cajeta, entonces.

—¿Y... los periódicos mañana...?

—Hay bastante allí... y algo traerá Pancho, si no va a jumarse... Yo voy a un mandado.

Yeyo se encamina dócil hacia el callejón y Rosa lo llama.

—¡Oye...! Subes el café y calientas agua... y si viene Pancho, me avisas; pero no le digas dónde estoy.

Mientras sube la escalera seguido de Chon con su cesto de ropa, Yeyo piensa que Rosa hace mal en hablar con Carmen, porque la vió

entrar en su cuarto. A Pancho no le gusta, y por eso le pegó. Podría volver a pegarle y a Yeyo le preocupa esto. Le preocupa, porque quiere a Rosa; porque quiere a Pancho también y a las dos chiquillas, y al niño pequeño. Y cuando Rosa y Carmen ataban las cuerdas entre los barrotes para cerrar el hueco, Rosa hablaba de irse para La Chorrera. A Yeyo se le olvidó cuando estuvo en la calle jugando con los otros; pero ahora se acuerda de las palabras de Rosa.

—... si vuelve a tocarme, me largo para mi casa... con los chiquillos... ¿Qué se habrá creído él...? ¿Por qué tengo yo que ser la que me ocupe de todo...? Bien vió que esto estaba roto... Para mi casa, con los chiquillos, y que se vaya a rodar...

Aquellas palabras de Rosa vuelven a la memoria de Yeyo mientras levanta la cortina que cubre el estante y busca un peso en la cajeta de cartón. Se siente inquieto. Tampoco le agrada que Rosa le haya dicho que no diga a Pancho... Si Pancho le pregunta, tendrá que mentir. Y Pancho quizá le pegue si se entera. Si Pancho se enoja con él, y Rosa se va... Para La Chorrera... tan lejos...

Yeyo vuelve al corredor. Allí están las niñas con otros muchachos de la vecindad. Juegan con papeles, con un trompo sin punta y con una cuerda que quedó en el suelo. Yeyo las mira como si las viera por primera vez, o como si fuera a dejar de verlas. Y a la molestia que siente en el pecho, a aquel dolorcito, se une una opresión.

Cuando Yeyo baja la escalera, el viejo Don Marcelo regaña a su hija y Felisa, en bata, espulga el arroz sentada en un balde. Chana y Elvira retiran sus cosas y dan muchas vueltas en el callejón. La vieja le ordena.

—Yeyo, por favor... Dile a Víctor, que mañana quiero tres libras de mero y cuatro de sierra. Ya él sabe lo otro.

Yeyo marcha pensativo. Cuando va a cruzar la calle hacia la abarrotería, llega un camión nuevo que reparte cigarrillos. Aquella carrocería de colores claros, limpia y reluciente, resulta insólita en la calle, al lado de dos carros viejos y de una carretilla con lona mugrienta. Yeyo se distrae. Creyéndole ocioso, los otros muchachos le tiran la bola.

—Te toca a ti...

—No puedo.

Es casi de noche y las luces brillan; pero la calle sigue siendo oscura. Yeyo se aproxima a Víctor.

—Dice niña Chana...

—¿Qué...?

—... que el mero... la sierra...

—Está bien. ¿Te lo dijo ahora...?

—Sí.

Yeyo sigue hasta la tienda a buscar café. El comentario de Víctor le llega y le inquieta.

—... ya ven... es lo que les decía antes... esa pobre vieja... y la hija... si se muere un día, a la muchacha habrá que llevarla para el hospital, si acaso la aceptan... ¿Quién va a hacerse cargo de ella...? Si les digo...

Con la fragancia del café en las manos, Yeyo vuelve hacia la casa. De un peso, un real vuelto. Nueve reales, media libra de café. El café es sabroso, caliente y con leche, como el de Manolo, el del "Venecia", y también negro, como el de niña Chana. Pero... nueve reales... Son veintidós periódicos que hay que vender. Veintidós, o veintitrés... y eso demora, a veces...

Yeyo se apresura. Recuerda que Rosa le dijo que calentara agua. Lo va a hacer así. Y cuando hierva en el tacho bajará a buscarla. Así, tal vez suba antes de que Pancho llegue. Si Pancho ve a Rosa en la casa no habrá discusiones ni mentiras, y será todo como siempre. Y tal vez vayan al cine, aunque en la cajeta queda poca plata y hay que dejar, siquiera, doce reales, para "La Estrella" de mañana. Pero, Pancho puede traer dinero...

* *

Carmen, "La Pichona", calienta la leche para su café. Siempre cena poco, porque almuerza bien. Y luego, al acostarse, vuelve a tomar leche caliente, con un trago de ron.

—Niña, siéntate... ¿No quieres café...? Ya sabes que es mi cena. Una micha con un poco de café con leche... A mi edad... ¿Te preparo una taza? Hay bastante, te digo...

Carmen, "La Pichona", prefiere esperar. Rosa quiere algo, y debe decirlo; pero, no se atreve. Por eso está así, callada y muy quieta. Carmen, "La Pichona", sabe hacer hablar.

—Déjame prepararte una taza. Toma al-

go... Ya es tarde. ¿Ya comiste, o vas a esperar por Pancho? ¿Y si viene tarde...? Anda... No seas tonta.

Rosa lamenta que aquella conversación que tenía con "La Pichona" en el corredor quedara cortada.

—¿Quién la llamó antes? ¿Era algo de apuro?

—No... Era una señora, que quería saber... algo de un hombre; de un hombre que quiere ver si...

—¿Y... le echó las cartas...?

—Bueno; sí. Y, además, le dije lo que tenía que hacer.

—Carmen... Usted sabe mucho... Conoce a los hombres...

—¡Ay, mi hijita...! ¡No tienes idea... ¡Con lo que yo los lidié...! Son todos igual. Son unos cerdos, egoístas, malos...

—Carmen... Echeme las cartas... Yo quiero saber... Nunca me lo hizo...

—¿Las cartas...? ¿A ti...?

"La Pichona" no quiere confesar, ni a Rosa, la farsa de su negocio; la infantil credulidad de las gentes que tratan de encontrar en la baraja la fe que no tienen. Pero quiere dar a Rosa pruebas de sinceridad.

—No. No es necesario. Te echaría las cartas las veces que hiciera falta, si no supiéramos ya bien todo lo que pasa.

—Pero... ¿Qué pasa...? ¿Usted cree que Pancho tiene otra mujer? Ya le dije que un día que llegó en fuego y hediondo a perfume, manchó la almohada de colorete. Yo no sé... ¿Usted qué cree? ¿Qué piensa de eso que le dije de esta tarde...?

—Entonces... ¿qué hago? Si vuelve a pegarme...

—Tal vez lo haga... Bueno; no le des motivos... No le digas que hablamos... Lo que debes hacer, es... ya te lo dije. ¡Avívate y sácale partido al mundo! Aprovéchate de los demás, como los otros se aprovechan de ti. Pero usando tu cabeza...

—No la entiendo... ¿Qué puedo hacer yo...?

Carmen, "La Pichona", siente que todas sus palabras se estrellan contra aquel candor. Rosa no entiende sus insinuaciones, aunque son muy claras.

—Mira... A propósito... No has visto los aretes esos que te dije... los tengo aquí...

Los aretes salen de un papel de seda. Oro en filigrana y varios corales.

—Son preciosos...

—Pruébatelos...

—¿Para qué...?

—Si te gustan, son para ti. Ya te dije. ¿No te acuerdas?

—Pero... ¿por qué me los regala... usted?

En Rosa se abre una sospecha que le duele un poco; pero la detenida contemplación de los aretes obra de sedante.

—No te los regalo yo, mi hijita. ¿Qué más quisiera que poder hacerlo...?

—¿Quién, pues...?

—Don Benito... Siempre me está hablando de ti. Lo has impresionado. Le gustas mucho, y ya te dije que, el pobre, es tan desgraciado con su esposa...

—Pero... ¿qué quiere ese hombre de mí?

—Quiere verte... Tratarte algo más... Conversar contigo. Ya te digo que no hace más que...

—Bueno... Pero él... él no se casaría conmigo. Tendría que divorciarse...

—Quien sabe... quien sabe... Lo que tienes que hacer es tratarlo... Eso, depende de ti... Pero, tienes que ser amable con él, cariñosa...

—Si dice que quiere verme... ¿Dónde? Podemos vernos donde la otra noche... con usted...

—No, Rosa. No sería prudente. La gente habla mucho... Y él está casado aún... No. No puede ser... Hay que ser discrito, ¿No comprendes?

—Pero... ¿entonces...?

—Ya te avisaré. Ahora, por lo pronto, coge los aretes...

—No puedo, Carmen... Si Pancho los ve, con seguridad me pregunta de donde... Cuestan mucho.

—¡Pero, hija! ¡Qué ocurrencia! Dile que estábamos hablando de eso; de que te los ganaste, cuando se puso tan bravo... Y... en cuanto al señor ese, Don Benito, déjame decirte...

La conversación sigue en voz baja. Las frases se arrastran. Carmen, "La Pichona", está satisfecha. Rosa parece indecisa y hasta se sonríe.

—... puedes tener lo que te dé la gana... Y si Pancho te deja, puedes arreglarte bien...

* *

El agua del tacho hierve alborotada. Yeyo baja la mecha de la estufa y sale para llamar a Rosa. En el corredor ve a Pancho, que llega.

—¿Ya comiste...?

—No. Todavía...

—Pero... debe estar... Tengo prisa. Necesito salir.

—¿En la chiva...?

—No. Tuve dos pinchazos. Las llantas están muy gastadas, y no tengo repuesto. La dejé ahí... en el gato, cerca del Mercado. Tengo que volver... Tenía hambre. Vine por eso.

Mientras habla, Pancho se sirve la cena. Arroz y frijoles, un poco de carne y un par de tajadas.

—¿Hay café?

—Iba a colar. Estaba esperando que llegara...

—No esperes. Cuélalo y come tú también, si quieres. Y dale a las niñas. Puedes venir conmigo a arreglar las llantas, si no estás muy cansado.

Yeyo hace el café y en dos platos pone la comida de las dos chiquillas, que se encaraman en el asiento trabajosamente. Las dos caritas

pringosas encima del plato, con el pelo sucio y el vestido roto, comen en silencio. La mayor se rasca siempre los nacidos, y a la otra, que está resfriada, se le caen los mocos. Pancho las levanta y las lleva al baño que está en el extremo del corredor. Les lava la cara, les atusa el pelo y vuelve con ellas para que sigan comiendo. El pequeño duerme, y la frente vendada sujeta los ojos de Pancho. Pancho mira a Yeyo, que come callado, y mira a las niñas. Pancho tiene en la cabeza muy malas ideas, porque adivina que Rosa está hablando con Carmen.

Pancho se levanta y Yeyo le sigue en silencio. Marchan por el corredor, hasta la escalera. Pancho se detiene.

—Tú, mejor te quedas... Tú madrugas mucho, y a lo mejor, vengo tarde...

—Puedo regresar...

—No, quédate.

—¿Qué le digo a Rosa...?

Pancho piensa que Yeyo es aún muy pequeño para entender ciertas cosas. Pero, el comentario brota.

—A Rosa, nada. ¿Por qué no está en casa...? Las niñas... tan cochinas, sin lavar siquiera...

Yeyo esboza la excusa, porque ha comprendido.

—Estaban jugando... Rosa estaba aquí, haciendo la cena. Yo la ví. Me mandó a buscar el café.

Pancho baja la escalera y junto al lavadero se detiene para beber agua. Felisa está en la puerta echándose fresco con un calendario, pero al ver a Pancho se oculta, discreta. No quiere preguntas, ni brindar respuestas, pues sabe que Rosa está con "La Pichona". La sombra del callejón borra la imagen de Pancho.

Felisa se asoma de nuevo y al ver a Encarnita en el patio le ordena un recado.

—Vas y que te diga si le queda bien... que te dé la plata...

Encarnita sale y Yeyo la sigue. No sabe qué hacer. La calle está sola. Ya no está, ni Víctor. Por la esquina, lejos, pasan tres soldados y un *jeep* de la Zona con un guardia y varios *MP*. Carmen, cuchichea.

—No, niña. ¡Qué ocurrencia...! Cómo voy a ir contigo... No podrían hablar de nada...

Mañana te llevo para que sepas donde es... Damos un paseo... Es allá, en Paitilla... es un chalecito... Tienes que entender...

* *

Tina, la nicaragüense, va hacia "La Ranita" oliendo a colonia, y muy empolvada. El cabello está oscuro, porque ya no tiene plata para teñírselo. Piensa en la carta que recibió hoy, y en que necesita cuatro mil balboas. Son cuatro mil balboas... para terminar el pago de la casa que tiene en Managua. Cuatro mil balboas... ¿Cuántos córdobas? Ya no se acuerda. Treinta y dos mil; treinta y cinco mil... Es mucho dinero... Tardará dos años, y eso, con suerte... Si volviera el gringo... Si Carmen quisiera... Carmen tiene amigos; pero no la llama. Y los hombres cada vez se vuelven más tacaños.

* *

Carmen, "La Pichona", ya encendió la radio. Va a empezar la novela y llegan las vecinas. Llega Petra con su reumatismo, Elvia, Felisa y Chon. También llega Olga. Olga tiene radio, pero le gusta comentar en el grupo de las vecinas.

—Ese hombre es malo... ¿Cuándo lo castigarán?

—Malo, como todos.

—Esta novela, sí es buena...

—Son cosas que pasan; eso es la verdad.

Yeyo asoma a la rejilla su cara morena y Rosa lo ve.

—¿Calentaste el agua...? ¿Hiciste el café?

—Pancho estuvo...

Rosa se levanta con un sobresalto. Yeyo aclara.

—Estuvo y se fue. Tenía la chiva dañada ahí cerca... unas llantas...

—¿Comió...? ¿Comieron las niñas...? ¿Y el pequeño...?

—Ya comimos todos. El chiquillo, duerme.

—¿Preguntó por mí?

—No.

Rosa vuelve hacia su silla. La actitud de Pancho la ofende y le molesta.

—Bueno, pues... Vete a dormir, o quédate, si quieres. ¿Te quedó plata para los periódicos?

—Sí. Hay catorce reales.

—¿Y Pancho...? ¿No dejó nada?

—No. Tal vez después... Con lo de las llantas...

Rosa no contesta, pero arruga el gesto. Toca los aretes, que ya lleva puestos y se tranquiliza. Ya está decidida. Irá a ver al hombre, y tendrá dinero. Para sus zapatos y para su ropa; y para las niñas... Pancho, que haga lo que quiera...

La voz de la radio vibra emocionada haciendo el resumen de un punto dramático. Se oye un grito agudo y un portazo. Luego, unos gemidos. Las comadres tiemblan, y una llora un poco.

—Qué hombre ese... parece mentira...

Carmen, "La Pichona", va a seguir su glosa, pero se refrena. Si sigue insistiendo en que todos los hombres son unos granujas, Rosa puede arrepentirse. Porque Rosa, ahora, piensa en Don Benito, y Carmen lo sabe. Rosa

—Pero... Es inútil... Lo he intentado muchas veces. Si lo intentara de nuevo... No es posible...

Parece que la resistencia de Tallín, la resistencia íntima, que se obstina en negar, empieza a quebrantarse.

—Tienes que hacer frente a la verdad. Basta ya de hacerle quiebros, porque la verdad te busca. Es tu vocación. Tienes que pintar. ¡Pinta! Pinta para ti, y olvídate de los demás. Eso no importa. No importa nada. Pinta sólo para ti, y si fracasas, si fracasas ante tí mismo, entonces serás otro. Y entonces podrás hacer tus letras y tus carteles y las marinas de Ignacio con resignación y hasta con alegría. Pero, tienes que encontrar antes la verdad, mirándola a la cara. Y la verdad, tu verdad, está en las telas, lo mismo que la mía ha de estar en las cuartillas.

—Es terrible... si tú supieras... Es algo... es desesperante.

—Ya lo sé. Nada nuevo me puedes decir... Tus telas blancas, que no dicen nada. Y mis cuartillas, así; lo mismo. Las gavetas llenas de proyectos, de cuentos comenzados, de novelas muertas; lo mismo que tus bocetos. Pero,

del hueco aquel de la baranda. Rosa lo cerró después, con unas cuerdas... Si lo hubiera hecho antes... El mismo debió haberlo hecho... No. No debe culparla a ella por lo sucedido. Además... que nunca le había dicho a Rosa que no hablara con Carmen. Rosa no podía saber que a él no le gustaba que fueran amigas...

Pancho decide terminar el trabajo y regresar pronto a casa. Tal vez llegue a tiempo, antes de que Rosa duerma. Habrá ido a oír la novela... Como todas... Todas van... Carmen tiene radio, y Rosa se aburre. Tiene que coser, lavar y cocinar también... y son tres chiquillos, y Yeyo.

La curva de las reflexiones de Pancho queda bruscamente rota. El tubo, rajado a lo largo, resulta inservible. La llanta está cortada. Tal vez fué a causa de una piedra, o de un trozo de vidrio. Pancho sufre ante la contrariedad inesperada y murmura varias maldiciones. Tendrá que ir a casa de Martínez a pedirle un tubo. Quizá Martínez tenga. Son compañeros y Martínez es muy buen amigo y hombre servicial. Pero Martínez vive en Pueblo Nuevo. ¿Y si no está en casa...? ¿Si no tiene

el tubo...? Tal vez Lin, entonces... Pero, en todo caso, no podrá ver hoy a Rosa. Llegará muy tarde a casa y estarán dormidos todos. No podrán hablar... Hablar, para que Rosa sepa que ya no está enojado... hablar, para hablar, como otras veces...

Pancho pone dentro de la chiva la llanta y el tubo, y se consuela un poco pensando en los músicos y en aquel contrato.

* *

Encarnita llega con la respuesta.

—Tía... Dice la maestra, que la hermana no está. Que vaya usted mañana como al mediodía, o un poco más tarde, que la niña Alicia quiere decirle algo de los botones... y de las mangas...

Chon está planchando y Felisa hilvana una tela blanca. Carmen, "La Pichona", bebe leche y ron.

Rosa cura los nacidos de la niña mayor, que ya está dormida. Tiene que lavar los platos, y coser un poco. Rosa espera a Pancho, aunque no sepa por qué... Si Pancho llegara... como ha sido siempre... si hablara con ella y

volviera a abrazarla, sería todo como antes... como antes... Pero Pancho maneja la chiva hacia Río Abajo buscando una llanta y un tubo que sirva. Rosa no lo sabe y Pancho no llega. Rosa tiene sueño.

Todo está en silencio y Rosa se duerme, sola, allí en su cama, con el niño al lado. Nada más que el niño, y un mal pensamiento.